

Título: La parada

Llegaron con la primera claridad, cuando el cielo aún no se decidía del todo y la tierra parecía contener la respiración. La diligencia paró en seco, como si obedeciera a una costumbre más antigua que el propio camino, y los caballos, sudados y humeantes, bajaron la cabeza con un cansancio que era casi alivio: allí tocaba muda.

No era una venta cualquiera. Era la Venta de Baños, parada fija en la carrera de Valladolid a Burgos, donde las caballerías se cambiaban y el correo no podía demorarse. A un lado, más allá de los corrales y el abrevadero, se abrían los caminos: la línea que venía de Madrid, la que subía hacia Burgos, la que cruzaba hacia Palencia. Y, más lejos, aún reciente, el hierro de las vías empezaba a cortar la llanura. Todo pasaba por allí, o terminaba pasando.

La Venta imponía: edificio largo, de piedra, con las fachadas castigadas por reformas y años; patio removido por ruedas, cascos y botas; puertas abiertas como bocas que nunca acababan de cerrarse. Era lugar de parada obligada, no de estancia. Nadie dejaba huella propia porque todas se borraban con la siguiente llegada.

La ayudaron a bajar sin mirarla apenas. El conductor dijo, ya ocupado en el relevo:

—Media hora. No más. Hay que salir con la correspondencia.

Ella asintió y se apartó, con el hatillo pegado al pecho, como si fuera lo único que no dependía de horarios ni de órdenes.

Dentro olía a caldo, a ropa húmeda y a madera usada. Un hombre dormía con la cara contra la mesa, agotado de camino. Al fondo, una mujer removía una olla junto a la lumbre. El espacio era amplio, pero lleno: bancos corridos, sacos, algún baúl, gente que entraba y salía sin detenerse. No había silencio, pero tampoco ruido: un murmullo continuo, propio de un lugar donde siempre se está llegando o a punto de partir. Se sentó cerca de la puerta. Desde allí veía el patio: el cambio de tiros, los postillones ajustando correajes, el ir y venir de manos que sabían lo que hacían sin decirlo.

En Burgos la esperaban. No conocía la casa ni al hombre. Pero sabía lo suficiente: madrugar, obedecer, no preguntar. Estar.

—Es un buen arreglo —había dicho su padre, contando el dinero sin mirarla. Y nadie añadió nada más.

Apretó el hatillo. Dentro, llevaba lo justo. Como si ya la hubieran reducido a eso: lo que cabe en un viaje.

La puerta se abrió y entró una mujer con un cubo. Llevaba las mangas remangadas y un gesto tranquilo, de quien trabaja con fiereza. Dejó el cubo, se limpió en el delantal y, al levantar la vista, se detuvo en ella.

—¿Hacia dónde te diriges? —preguntó.

—A Burgos.

La mujer se apoyó levemente en la mesa, como si la respuesta no bastara en un sitio donde casi nadie se quedaba.

—¿Cuántos años tienes?

—Diecinueve.

—Justos —dijo—. Se te nota.

La observó un momento más, como midiendo no lo que decía, sino lo que podía sostener.

—¿Y a qué vas?

Ella dudó.

—A casarme.

—¿Lo conoces?

—No.

—Ajá.

Se enderezó despacio. Señaló con la barbilla hacia fuera.

—Aquí paran todos. Correos, tratantes, soldados, los que van y los que vuelven. Cambian caballos, dejan cartas y siguen. Nadie se detiene más de lo que manda la ruta.

Luego señaló hacia dentro.

—Y otras se quedan.

Una amasaba sin levantar la cabeza. Más allá, una vieja desgranaba en silencio.

—Esa se quedó sola cuando el suyo no volvió. Y la otra decidió no juntarse a un hombre nunca. Aquí trabajan.

Lo dijo sin adornos, con una crudeza que impactaba con naturalidad.

—Hay comida, hay techo, hay faena. Y el camino siempre trae más.

Volvió a mirarla. Todo estaba dicho, sin haberse pronunciado. La muchacha abrió la boca, pero no dijo nada. La mujer cogió el cubo.

—Aquí no sobra el trabajo, y siempre tenemos hueco para alguien más. —añadió, para finalizar.

Y salió. La joven se quedó quieta, pensativa.

El patio estaba ya en plena actividad. Sacaban caballos, metían otros, comprobaban correaes. La diligencia no esperaba a nadie. A lo lejos, un silbido atravesó el aire, largo. Nadie se volvió: allí, todo lo que venía de fuera acababa siendo costumbre.

Pensó en la casa que no conocía. En el hombre. En una vida decidida antes de empezar. Pero también en aquello otro: en un lugar donde no preguntaban de dónde venías para decirte que eras útil. Donde el trabajo estaba antes que el nombre. Donde quedarse no parecía el destino, pero quizá lo fuese.

Se levantó. El banco crujió, y nadie reparó en ello. Salió al patio.

La luz ya dibujaba mejor las cosas: la piedra, el barro, el vapor de los animales, el ir y venir que no se detenía nunca. La diligencia estaba lista. Algunos subían deprisa. Otros acomodaban el equipaje. Todo seguía su curso, como siempre.

La mujer del cubo estaba en las cuadras, pasando la mano por el cuello de un caballo recién llegado. El animal se aquietaba bajo ese gesto, como si también él supiera que allí se descansaba solo lo justo.

—¡Vamos! —gritó el conductor—. ¡Suban!

Ella avanzó hasta el estribo. Miró dentro: un hueco oscuro, cuerpos encajándose, sitio para uno más que no importaba quién fuera. Apoyó el pie.

—¿Sube o no?

Entonces pensó en lo otro. No en la boda. No en su padre. Pensó en la Venta. En ese lugar que no elegía a nadie, pero que tampoco expulsaba a quien podía quedarse. Bajó el pie.

—No.

El conductor resopló.

—Como quiera.

La portezuela se cerró. La diligencia arrancó, primero pesada, luego más suelta, siguiendo la línea del camino que otros habían fijado antes. Ella no se apartó hasta que el ruido se hizo fondo. Después, soltó un poco el hatillo. Pesaba menos. O quizá era que ya no tenía que llevarlo tan lejos.

La mujer se acercó desde las cuadras.

—Hay trabajo —dijo.

—Lo sé.

—Empiezas hoy.

Asintió.

Miró la Venta de Baños desde fuera. Para ella, no era ya un sitio de paso; era un lugar dispuesto a hacerse parte del camino.